

y absolutamente al influjo de la autoridad religiosa, como si el hombre en alguna condición posible fuese dueño de sacudir el yugo de la moral y del deber sin abdicar la propia dignidad y envilecerse. Pretende el Estado separarse para siempre de la Iglesia, esto es, de la enseñanza y del gobierno de Jesús, luz del mundo y guía universal del género humano. Insiste en que ha de salvarse por sí solo; que para ello se cree fuerte, no obstante el escarmiento de su debilidad é impotencia. Pero, hablando de buena fe: ¿puede el hombre salvarse por sí mismo? ¿puede la sociedad salvarse con sólo sus esfuerzos? ¿No existe ya, pues, la Providencia? ¿Abdicó Dios su derecho de gobernar los mundos que sostiene con uno de sus dedos? ¿Cabe mayor locura y presunción que baladronear con el impío de antaño: *Somos dueños de nuestra boca y de nuestro pensamiento: ¿quién es el señor nuestro?*<sup>1</sup> ¡Desgraciados los que olvidan que Jesús ha pronunciado su sentencia, sentencia de esterilidad, para todos los que le abandonan! *Sin mí nada podéis hacer*<sup>2</sup>. Jesús es el Padre del siglo venidero: *Pater futuri sæculi*, como profetizó Isaías<sup>3</sup>. ¡Quiéralo así Dios! ¡Y que el siglo veinte, desengañado de la locura del nuestro empeñado en resistir á la divina ordenación, se arroje á los pies de su amoroso Salvador, ó, mejor dicho, en sus brazos, fiándole su salvación y su felicidad! ¡Brille el nombre de Jesús en todas las esferas, en el santuario de las leyes, lo mismo que en el santuario donde se ofrece incienso á la Divinidad, en el templo de la ciencia como en el de la oración, en el hogar y en el foro, en la sociedad y en la conciencia! *Sanctificetur nomen tuum!* ¡Glorificado sea tu nombre dulce y santo,

<sup>1</sup> Ps. 11, 5.<sup>2</sup> Io. 15, 5.<sup>3</sup> Is. 9, 6.

¡oh Jesús! único Salvador del hombre y de la sociedad! Éstos son nuestros más ardientes deseos; esto anhela tu amada Compañía; ésta es la plegaria de nuestro corazón en este día en que la Iglesia, tu immaculada Esposa y Madre nuestra, se enorgullece con la gloria de tu nombre, más ilustre que cuantos registra la historia de la tierra y brillan con letras de oro, como estrellas en el espacio, en los fastos del cielo. Póstranse al sonar del nombre de Jesús los cielos, la tierra y los abismos infernales, y confiese toda lengua que Jesús es el único Salvador de todas las criaturas, del hombre y del ángel, que por Él se perdona el pecado, se alcanza la gracia y se asciende á la gloria donde Él mismo, sentado á la diestra de Dios Padre<sup>1</sup>, vive y reina por siglos y eternidades. Así sea.

## SERMÓN PARA LA FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS,

(predicado en Medellín [Colombia], 1893).

### La divinidad de Jesucristo.

Donavit illi nomen quod est super omne nomen.

Dióle Dios un nombre que está por encima de todo nombre.

Phil. 2, 9.

1. En este día, amados fieles, en que la Iglesia celebra la Circuncisión del Señor, al octavo día de nacido, día en que le fué impuesto el nombre de Jesús, la Compañía destinada visiblemente por Dios desde hace tres siglos para llevar á tantos pueblos y naciones la gloria

<sup>1</sup> Col. 3, 1.

de este santo nombre, se extasía contemplando las grandezas de nombre tan augusto, al cual doblan la rodilla simultáneamente el cielo, la tierra y el infierno. Y ¿cómo no regocijarse con la vibración de ese nombre quien le lleva radiante en los pliegues de su bandera, y esculpido en su frente, y grabado en el corazón?

Si para todos es óleo que profusamente se derrama: *oleum effusum nomen tuum*<sup>1</sup>, é slo particularmente para esta Compañía y Religión que posee en el nombre de Jesús cuanto en él se encierra, según el sentir de San Bernardo: alimento, luz y medicina<sup>2</sup>. Con él se nutre y fortalece, con él marcha segura hacia su objeto, con él restaña la sangre que vierte á diario en las batallas del Señor. Ante la majestad de ese nombre convida ella á prosternarse á los hombres de todos los climas, intimándoles la obligación de rendir homenaje divino á aquel Rey de reyes y Soberano de los soberanos<sup>3</sup>, á quien le ha sido dado en propiedad el más grande y más ilustre nombre de cuantos resonaron en la tierra y en el cielo, el nombre que no reconoce superior: *quod est super omne nomen*. Y ¿de dónde dimana, cristianos, esta infinita superioridad? Digámoslo de una vez para fijar el blanco de nuestra atención: de que el nombre de Jesús, apropiado por decreto del cielo al niño que hoy recibe la marca de la Circuncisión, significa nada menos que *Salvador*, y, de consiguiente, él solo arguye y demuestra la divinidad del que lo lleva por derecho propio.

2. Solamente un hombre que sea juntamente Dios puede gloriarse de merecer el nombre de Jesús. Verdad

<sup>1</sup> Cant. 1, 2.

<sup>2</sup> S. Bern., Serm. 15 super Cant.

<sup>3</sup> Apoc. 19, 16.

es que otros le llevaron en el Pueblo antiguo, pero no fué en propiedad sino sólo en figura, en cuanto representaban por algún aspecto moral al verdadero y único Jesús, *al que había de salvar del pecado á su pueblo*<sup>1</sup>, esto es, á toda la descendencia maldita del primer hombre pecador. El misterio de la Circuncisión, dice el Padre San Bernardo, á la vez que descubre al verdadero hijo de Abrahán, con la imposición del nombre de Jesús indica la gloria del verdadero Hijo de Dios: *Iesus vocatur tamquam verus Filius Dei*<sup>2</sup>. Este nombre, continúa diciendo el mismo Padre, le pertenece desde la eternidad. No se le impone, propiamente hablando, por ninguna criatura angélica ó humana, porque lo trae de su misma naturaleza, siendo innata en él la condición de Salvador. Es, pues, Jesús por lo mismo que es Dios; y de la misma manera podemos argumentar que es Dios por ser Jesús. ¿Qué extraño, según esto, que al punto de aparecer ese augusto nombre sobre el horizonte de la historia, palidezcan los más brillantes y esclarecidos nombres, ya de héroes, ya de monarcas, ya de sabios? ¿Pueden acaso sostener la comparación los nombres vanos de los hombres con el nombre de Dios?

Veremos, pues, hermanos carísimos, comprobada la divinidad de Jesús 1º por su mismo carácter de Salvador ó Mesías; 2º por los atributos divinos que brillan en su adorable persona y hacen que todo se postre ante la majestad de su nombre. ¿Qué himno más glorioso pudiéramos entonar en este día en honor de Jesús Salvador nuestro que el que entona la Iglesia, aclamándole *solo Santo, solo Señor y solo Altísimo, igual en*

<sup>1</sup> Matth. 1, 21.

<sup>2</sup> S. Bern., Serm. 1 de Circuncis.

*gloria á Dios Padre*<sup>1</sup>? Válganos la piadosa intercesión de *María de la cual nació Jesús*<sup>2</sup>. *Ave María*.

## I.

3. Nuestro pecho se dilata, nuestro corazón se baña de alegría, amados fieles, al contemplar seguro el triunfo de nuestra santa fe sobre todas las herejías, sobre todas las negaciones de la incredulidad antiguas y modernas. Nuestros dogmas sacrosantos, tan firmes como la roca de la palabra divina que los sustenta, pueden hoy desafiar, lo mismo que en los pasados siglos, á toda la turba de sus impugnadores; y no sólo, como éstos pretenden, ante el tribunal de la autoridad, sino aun ante el criterio de la humana razón, previo el conocimiento de los monumentos imperecederos de la fe.

Uno de estos dogmas, negado osadamente en tiempos pasados por la bárbara secta del impío Socino, y combatido acérrimamente en nuestros mismos días por los llamados sabios racionalistas, es el dogma de la divinidad de Jesucristo. Pues bien, no temamos confesar en voz alta nuestra fe delante de la ciencia escéptica y blasfema del siglo décimonono, diciendo que Jesús, nuestro adorado Jesús, el mismo del Pesebre y del Calvario, es verdaderamente Hijo de Dios, y Dios como el Padre que está en los cielos: *Credo in Iesum Christum, Filium eius unicum*<sup>3</sup>. Así se cumple, después de diez y nueve centurias de años, la palabra del ángel á María: *Éste será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo*<sup>4</sup>. Sí, llamémoslo Dios á boca llena, sin tergiversaciones de ninguna clase, sin distingos, con la sin-

<sup>1</sup> Eccl. in Missa.<sup>2</sup> Matth. 1, 16.<sup>3</sup> Symbol. Apostol.<sup>4</sup> Luc. 1, 32.

ceridad de nuestros padres en la fe, *luz de luz, Dios verdadero nacido del verdadero Dios*<sup>1</sup>. Y no temáis, amados oyentes, que nos veamos embarazados de dificultades para demostrar á los adversarios la verdad de nuestra afirmación, pues los argumentos de simple buen sentido se nos vienen á las manos, y pueden condensarse en esta forma: Si Jesús no fuera Dios, la palabra del mismo Dios habría fracasado, las esperanzas del mundo entero habrían quedado fallidas, el género humano todo en masa habría caído en un estado de verdadera enajenación hace cosa de mil y novecientos años. ¿Son admisibles ni por un momento semejantes absurdas suposiciones? ¿Podría alguna de estas cosas haber acaecido? ¡Imposible! exclama sobresaltada la razón humana, porque Dios no puede engañar ni engañarse, ni el hombre tampoco puede caer en la sima de una total aberración. Y, sin embargo, así habría sucedido si Jesús no fuera más que un hombre.

4. En efecto, hermanos míos, no puede haber duda en que Jesús es el anunciado Mesías, y tampoco puede negarse al Mesías la naturaleza divina. Seguid este sencillo razonamiento, basado en los grandes documentos históricos de la humanidad. Dios prometió formalmente un Salvador, un mensajero de salud á la familia humana caída en el pecado, y prometióselo en el momento mismo en que le imponía el terrible castigo<sup>2</sup>. El mundo aguardó impaciente, pero sin desesperar jamás, á su Salvador por el largo espacio de cuatro mil años. La tierra entera se estremeció á la nueva de su venida, y todos los ojos humanos le vieron y le ven todavía. *Viderunt omnes termini terræ salutare Dei nostri*<sup>3</sup>. Tal

<sup>1</sup> Symbol. Nic. et Constantinop.<sup>2</sup> Gen. 3, 15.<sup>3</sup> Ps. 97, 3.

es la historia abreviada del Mesías. Á una penosa expectativa de cuarenta siglos (noche eterna de angustias y esperanzas) ha sucedido la posesión del día lleno de resplandores que se extienden hasta los últimos confines de la tierra. *Nox præcessit*, díjolo el Apóstol, *dies autem appropinquavit*<sup>1</sup>. ¿Hay hombre de sana razón que pueda, no ya negar, pero ni desconocer estos hechos tan claros como la luz de medio día? Pues bien; si Jesús no fuese Dios, toda esta historia no sería más que una quimera, una ilusión: judíos y cristianos se hubieran engañado de plano en plano, porque no habría venido tal Mesías, ni habría de venir jamás, no siendo más que un mito. En ese caso nuevas tinieblas, más espesas que en la muerte de Jesús, habrían cubierto el universo moral<sup>2</sup>. La humana familia se habría alucinado en masa con sus pueblos y naciones, con sus sabios y profetas, con sus sacerdotes y santos, y todavía hoy estaría tan á oscuras como hace seis mil años en el asunto de mayor importancia para el hombre. Quinientos millones de cristianos, es decir, cuanto se llama civilizado en el mundo, estarían perfectamente ciegos: no habría más vidente que el incrédulo. ¿No supondría esto un trastorno universal? Evidentemente esto no puede admitirse porque implica contradicción y absurdo.

5. Pero ¿es verdad, dirá alguno, que toda la cuestión estriba en la divinidad de Jesús? Y ¿no podría ser verdadero Mesías sin ser Dios? ¿no bastaría que fuese el *Enviado del Señor*, el Santo entre los santos, el mayor de los hombres? ¡Ah! cristianos, de ninguna manera, supuesto que el carácter mesiánico por excelencia es la divinidad. El Mesías no podía ser otro que Dios, *Em-*

<sup>1</sup> Rom. 13, 12.      <sup>2</sup> Matth. 27, 45.

*manuel, Dios con nosotros*<sup>1</sup>. Bien pudieron desconocer esta verdad (claramente indicada en la Escritura) aquellos judíos carnales contemporáneos de Cristo, al mismo tiempo que atribuían al suspirado Libertador de Israel los más pomposos títulos, reconociéndole las más magníficas prerrogativas. Pero en esto demostraban, dice un moderno apologista, haber olvidado la doctrina constante de los Profetas, ó haber desfigurado con bastardas interpretaciones engendradas del capricho, las más sublimes enseñanzas de las Escrituras<sup>2</sup>. Y ¿quién no palpa, discurre el mismo escritor, la contradicción en que caían aquellos obcecados Doctores de la ley y Jerarcas hebreos, rehusando la divinidad á aquel mismo personaje á quien concedían los derechos de Juez universal, Salvador y Regenerador del mundo, Fundador del reino de Dios, vencedor de todos sus enemigos, y, lo que más es, á Aquél á quien atribuían el poder de sentarse á la diestra del Eterno como participante de su gloria? Y ¿no son éstos los dictados que forman la corona que ciñeron los Profetas á la frente del Mesías? De esos títulos, como de perlas de la real diadema mesiánica, están cuajados los Salmos de David, los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Zacarías y todos los Profetas. Mas ¿cómo no ver en todos ellos otras tantas fases del atributo primordial del Mesías, la divinidad? ¿Á quién sino á Dios corresponde juzgar á todos los pueblos de la tierra<sup>3</sup> y hacer justicia á todos los menesterosos<sup>4</sup>? ¿Quién sino Dios podría salvar al mundo de la esclavitud del demonio y entonar el cántico de libertad sempiterna<sup>5</sup>? ¿Quién otro que Dios mismo podría fundar el reino eterno y sin

<sup>1</sup> Matth. 1, 23.

<sup>2</sup> *Didon*, Jésus-Christ I; 236.

<sup>3</sup> Is. 2, 4.

<sup>4</sup> Ps. 71, 4.

<sup>5</sup> Os. 13, 14.

fronteras<sup>1</sup>, para hacer de la tierra un remedo del reino de los cielos<sup>2</sup>? Salta á la vista que estas obras sobrepujan sin medida á todas las fuerzas de un puro hombre, y aun de toda criatura, como quiera que demandan en quien deba llevarlas á cabo virtud y poder infinitos, atributos divinos, y, por consiguiente, naturaleza divina.

6. Mas ¿qué necesidad tenemos de ejercitar el discurso, puesto caso que el mismo Espíritu Santo que trazó por mano de los Profetas la acabada imagen del Mesías, nos ha revelado terminantemente su divinidad? ¿Podría hablar más claro que diciéndonos por Isaías: *Será llamado Dios, Fuerte, Príncipe de la paz, Padre del siglo venidero*<sup>3</sup>? Y ¿qué significan aquellas imágenes reveladas á David, contenidas en el Salmo 109: *Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra... Señorea en medio de tus enemigos. Contigo está el Principio en el día de tu virtud, en medio de los esplendores de los santos; de mi propio seno antes que brillase el lucero matutino te engendré...*<sup>4</sup> Y, como dice el Apóstol San Pablo, ¿á cuál de los ángeles fué dicho lo que á Jesús: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado en el hoy de mi eternidad*<sup>5</sup>? Y si todavía necesitáramos otras afirmaciones más claras de la divinidad del Salvador, ahí están las siguientes: *Dios mismo vendrá á salvaros*<sup>6</sup>. *He aquí que yo que os hablaba ya, estoy presente*<sup>7</sup>. *He aquí á Dios, mi Salvador*<sup>8</sup>. Ni se pretenda que estas expresiones no corresponden al Mesías, pues los mismos Doctores de la antigua Ley y todo el pueblo judío las han entendido del Salvador del mundo, figurado ciertamente

<sup>1</sup> Ps. 144, 13.<sup>2</sup> Apoc. 5, 10.<sup>3</sup> Is. 9, 6.<sup>4</sup> Ps. 109, 1 sqq.<sup>5</sup> Hebr. 1, 3.<sup>6</sup> Is. 35, 4.<sup>7</sup> Is. 52, 6.<sup>8</sup> Is. 12, 2.

por otros personajes de la antigüedad. Testigo de ello, y bien autorizado, es el Apóstol de las Gentes<sup>1</sup>. Tan auténticos son estos testimonios, como véis, hermanos carísimos, que se hace inútil aducir todos los demás que de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo nos suministra el Nuevo Testamento. Los textos alegados bastan para demostrar el carácter divino del Mesías, es decir, de Jesús de Nazaret<sup>2</sup>.

7. En efecto, Jesús, el hijo de la Virgen, nacido ayer en la gruta de Belén y marcado hoy con el sello del pecado en la Circuncisión de su carne inmaculada, Jesús, y no otro que él, es el Mesías prometido y enviado por el Padre á la tierra<sup>3</sup>. Jesús es el Justo que llovieron los cielos<sup>4</sup>, el Salvador que germinó de la tierra maldita<sup>5</sup>, la expectación de todas las naciones<sup>6</sup>, el Deseado de los collados eternos<sup>7</sup>. Y, si no, preséntese otro hombre á disputar á Jesús este carácter único en la historia. ¡Figuras ilustres del Mesías que iluminasteis el antiguo mundo! Vosotros fuisteis sin duda los más distinguidos entre los hombres por la santidad, el poderío y la grandeza; pero fuisteis figuras nada más, no realidad. Si á cada uno de vosotros voy preguntando: *¿Eres tú el que ha de venir?*<sup>8</sup>, todos á una me responderéis con la ingenuidad del Bautista: *Non sum, non sum ego Christus*<sup>9</sup>. Y en efecto, cristianos, la ávida expectación no se calmó, ni se acallaron los suspiros del género humano hasta la aparición de Jesús que se llama Cristo<sup>10</sup>. Si bien muchos de los suyos no quisieron reconocerle por efecto de una obcecación de orgullo bien castigado

<sup>1</sup> I Cor. 10, 2.<sup>2</sup> Io. 1, 45.<sup>3</sup> Gal. 4, 4.<sup>4</sup> Is. 45, 8.<sup>5</sup> Ibid.<sup>6</sup> Gen. 49, 10.<sup>7</sup> Gen. 49, 26.<sup>8</sup> Matth. 11, 3.<sup>9</sup> Io. 1, 20.<sup>10</sup> Matth. 1, 16.

con la ruina de su templo y el abandono del Dios de sus padres<sup>1</sup>; en cambio la masa de la humanidad, el gran pueblo gentil, griego, romano y bárbaro, que yacía hasta entonces sumida en las tinieblas<sup>2</sup>, abrió los ojos y le aclamó Dios Salvador<sup>3</sup>. ¿Puede darse prueba más evidente y magnífica de que Jesús es el Mesías? Pues si todavía queréis otra, ahí á la vista están dos libros, los más afamados del mundo, el de las profecías y el de los evangelios. Comparadlos. Aquél parece un evangelio escrito con cuatro y más siglos de anticipación. En uno y otro están bosquejados con pasmosa exactitud y precisión de detalles el nacimiento, la vida, el carácter, la muerte y el triunfo del Mesías, del que el evangelio llama Jesús. Luego la identidad del personaje es completa, es indudable. No hay otro Mesías que Jesús. Jesús es Dios. ¡Insensato el que en medio de tanta luz no le conoce! ¡Desventurado el que no exclama con San Pedro: *Tu es Christus Filius Dei vivi*<sup>4</sup>, y postrándose de hinojos no le adora! *Venite, adoremus*<sup>5</sup>.

## II.

8. ¡Miradlo ya dominando las alturas de la historia! Como en la santa montaña cautivaba á una turba innumerable con el poder de su diestra y la dulzura de su palabra; así, colocado en la cumbre de los tiempos, Jesús domina la humana muchedumbre con los atributos de la divinidad que brillan en su adorable persona. Al contemplar su incomparable fisonomía no puede negarse que Dios ha bajado á la tierra, y la adoración y el amor son un tributo irresistible que paga á Jesús el alma

<sup>1</sup> Io. I, 11.<sup>2</sup> Is. 9, 2.<sup>3</sup> Ps. 97, 3.<sup>4</sup> Matth. 16, 16.<sup>5</sup> Ps. 94, 6.

humana. ¡Cuántos no se postraron delante de él para adorarle!<sup>1</sup> En la cuna misma adoráronle tres sabios y opulentos potentados del oriente, guiados al pesebre de Belén por la estrella misteriosa, pero deslumbrados, al llegar al portal, por la luz de la divinidad que irradiaba el rostro del niño nacido de María. Pedro se arrojó á sus pies más de una vez sobrecogido de admiración sin ser dueño de sí para no adorar al Hijo de Dios vivo que descubría en el Hijo del hombre<sup>2</sup>. Hasta muerto en el patíbulo se da á conocer por Dios, y obliga á un criminal arrepentido á confesarlo: *Vere filius Dei erat iste!*<sup>3</sup> Revestido ya con la gloriosa vestidura de la resurrección adoráronle cuantos tuvieron la dicha de gozar de su vista: adoráronle las piadosas mujeres<sup>4</sup>, los Apóstoles, y más de quinientos discípulos reunidos en el monte de Galilea<sup>5</sup>. ¡Cuántos y cuán irrecusables testimonios de la divinidad de Jesús!

9. Como quiera que en Él habitaba corporalmente, según la expresión del Apóstol, esto es, personalmente, la divinidad con toda su plenitud<sup>6</sup>, no podían menos de manifestarse los principales atributos de Dios en las operaciones de Cristo. Tales eran el poder, la verdad, la santidad, la gracia y la gloria, pero no como se encuentran estas perfecciones en las pobres criaturas, sino con aquella riqueza y esplendor que correspondía al Unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad*<sup>7</sup>. Y en primer lugar, el poder: poder inmenso, irresistible, esto es, la omnipotencia. Los vientos desencadenados, como locos furiosos, revolviendo todo el mar, se recogen

<sup>1</sup> Matth. 14, 33.<sup>2</sup> Luc. 5, 8.<sup>3</sup> Marc. 15, 39.<sup>4</sup> Matth. 28, 9.<sup>5</sup> I Cor. 15, 6.<sup>6</sup> Col. 2, 9.<sup>7</sup> Io. 1, 14.